

Texto compartido en unplandivino.net

- Este texto, bajo su índice, es la transcripción —muy reelaborada y ampliada— de un audio sobre el tema. El texto tendrá seguramente varias versiones progresivas. Ver abajo cuál es esta.
- El último apartado del texto es quizá es el más ampliado de todos los que contiene —“más ampliado” con respecto al material expresado en el audio—.

- Lo que trato en general en estos textos y audios depende —en sus principales intuiciones y bases— de cierto desarrollo y cierto “proceso de asimilación” de las enseñanzas compartidas en divinetruth.com.

En el desarrollo, a veces aventuro cosas, y puede haber altibajos de precisión... pero he de insistir en que nada de esto habría sido posible en mi caso sin las enseñanzas de Jesús y María Magdalena (que unificaron por fin “todo”, en esta búsqueda, en este que ahora es “caminar realmente con Dios”, y no en los sucedáneos anteriores —y ya sea que yo ahora vaya a tener o no altibajos debido a mi vivencia con la *ley de compensación*, y debido a las resistencias que todos tenemos en algún grado—).

Entonces, una advertencia muy importante (!):

No existe en absoluto la *reencarnación* generalizada —no existe la reencarnación al uso—, pero sí sucede que el alma completa que llamamos “Jesús y María Magdalena” (*re*)*nació físicamente* en Australia, en el siglo XX de “nuestra era” —tal como en “occidente” contamos el tiempo—. En estas vidas físicas ellos dos se llaman *Alan John Miller* y *Mary S. Luck*.

- Ver la *página* asociada a este texto (enlace abajo) que contiene la información y los enlaces relacionados con lo tratado aquí.

- Título de este texto, y enlace a la página correspondiente:

«Lógica en torno al aborto: ¿cultivar el deseo de arrepentimiento? | A raíz de las llamadas con mi (bio)madre. Sinceridad y lógica»

- Enlace (página correspondiente a este texto, a sus audios, y a los audios realizados en paralelo sobre la temática): unplandivino.net/logica-aborto-arrepentimiento/

(licencia de este documento: *Creative Commons: CC BY-NC-ND 3.0 ES; Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España*: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/>)

Versión 1.01. 19 de julio, 2023

(*Primeras redacciones*: 17 julio, 2023)

Palabras clave: alma, amor, verdad, aborto, lógica, sinceridad, emociones, frutos emocionales del deseo sincero, discurso, diálogo, discurrir, autorreflexividad, caminos espirituales, espiritualidad, Dios, amor divino, amor de Dios

Índice

Introducción.....	2
Cuando los secretos “de los demás” no son tan “de los demás”	3
Diálogo, apertura, sinceridad, deseo, lógica.....	4
Secretos, aborto y miedo a las leyes naturales y las consecuencias por ellas administradas.....	4
Excusas, autoengaño, la ética más básica, arrepentimiento.....	5
Condición del alma, transparencia, miedo a la verdad.....	7
La extraña e inconcebible —pero universal— necesidad de perdón a la madre.....	8
Lógica, sinceridad, verdad, frutos emocionales.....	9
Una “verdad” tipo “Nueva Era” sobre el aborto: arrogancia y egoísmo.....	11
Sobre el disfrute amargo y vengativo de la ley de compensación negativa.....	13
El aborto en dos lugares tradicionales (Biblia).....	14
El “discurso” de la vida, y el “lado positivo”	15

Introducción

Al hilo del tema del arrepentimiento, tratado en el anterior audio a este¹ (en el verano del 2023), vamos a tratar el tema del *aborto*, pero también de cosas muy generales. Lo vamos a enmarcar en una especie de manera ligeramente diferente, o complementaria, de tratar con el asunto más general: el del crecimiento en amor.

De esto llevamos hablando un tiempo, pero ahora veremos más enfocadamente la cuestión “lógica”.

En cierto modo es como que estamos cultivando cierto deseo de arrepentimiento sobre el tema del aborto. Y esto es algo que hemos de hacer nosotros; es decir, Jesús comenta literalmente que el perdón se puede hacer así como a regañadientes, más fácilmente. En cuanto al arrepentimiento, éste ha de partir de nosotros, sí o sí —desear arrepentirnos—.

Por otro lado, el daño relativo al arrepentimiento es doble: hemos dañado a otra alma y a la nuestra, ejerciendo una intención que ya de por sí es desarmónica sólo como intención.

Nos daña, nos degrada, el simple hecho de tener, dentro de nosotros, una intención de hacer daño, como por ejemplo la intención de matar, en concreto la de desear la muerte de un no-nacido (podéis aceptar esto de entrada sólo como “hipótesis” o supuesto... pero es algo que muchos ya hemos comprobado: es un alma igual que todos, y el aborto equivale al asesinato en cuanto a cómo “puntúa” para el estado de nuestra alma y su degradación posible).

En parte, es por todo lo dicho arriba que el arrepentimiento se necesita *desearlo* para realizarlo. (Por supuesto, también viene bien desear intensamente perdonar aquello que necesitemos perdonar, para crecer en amor —pese a que lo podamos vivir como a regañadientes—.)

Y ahora tratamos de nuevo sobre esto, pues voy a poner el ejemplo muy concreto de las conversaciones con mi “biomadre” —vamos a llamarla así, pues madre no hay más que una, y es Dios—².

Entonces, un aspecto del principio de economía se denomina tradicionalmente “navaja de Ockham” (por cierto, a veces a “los científicos” les gusta hablar mucho de esto... o, mejor dicho, a los “seudocientíficos” que a veces querían ser “más papistas que el papa”, más científicos que nadie,

1 El audio al que me refiero aquí es el segundo de esta página sobre la oración del amor divino: unplandivino.net/oracion-contextos/. En ese audio sobre el arrepentimiento vimos algunas cosas fundamentales bastante rápidamente.

2 Traté del tema de la evidente e inmensa “racionalidad” que se nos abre con este tema del alma, tan simple, profundo y aclarador, en unos textos y audios sobre “Ilustración”; ver: “Por qué esto sobre el alma no es más que un siguiente paso en “la Ilustración””: unplandivino.net/ilustracion-alma/

digamos... y querían ser muy “escépticos”, así como luchando contra las “seudociencias” y demás... cuando con ese gesto en realidad eran a menudo más “seudocientíficos” que nadie).

Ese principio, el de ese tipo de “navaja” (hay varias “navajas” en cuanto a principios heurísticos³, digamos), nos dice algo así como que, ante un fenómeno, si queremos explicarlo, será mejor considerar aquella teoría que baraje la menor cantidad posible de hipótesis, que sean además simples, y que estén ya documentadas de alguna manera (o sea, que haya experiencias, etc., que muestren que existe algo que haga sensatamente plausible cierta hipótesis que pretende explicar tal fenómeno, dar razones de él).

Y por ejemplo, el tema los espíritus nos atañe muy directamente para tratar el asunto del aborto, claro está; y lógicamente hay muchos fenómenos que mucha gente todavía no queremos ver, sentir... pues desde pequeños tenemos mucho miedo, terror, almacenado en nosotros, ya que se reprimen cosas muy comunes, pues todos los niños más o menos discernirían a los espíritus hasta cierto momento, cuando son muy pequeños —a lo cual responde aquello de los “amiguitos imaginarios”, etc.—.

Tenemos pues un fenómeno que de forma coherente, “cohesiva”, se explicaría con la simplicidad (no la simpleza, no el simplismo) que conlleva asumir y empezar a activar en uno estas verdades tan simples que estamos viendo al tratar acerca de la verdad divina.

Entre otras “verdades” está la que se advierte en muy distintos lugares y digamos que desde siempre, antes de Jesús, evidentemente: La importancia del amor. El amor... porque es “cuidado a uno mismo”, entre otras cosas.

Pero... ¿“uno mismo”? ¿“Uno mismo” como qué? ¿Qué es ese “uno mismo”?

Así pues, el otro día, en las conversaciones con mi biomadre, al tener que hacernos preguntas con el propósito espontáneamente asumido de examinar la *lógica del aborto* con cierta franqueza y libertad, una de las preguntas evidentes es: “¿te gustaría que te hubieran abortado?”.

Cuando los secretos “de los demás” no son tan “de los demás”

Pero, antes de entrar un poco en todo eso, y como voy a hablar de la sacrosanta “biomadre”, observemos que parece que en general nos da mucho reparo ponernos a hablar libremente sobre este tema, pues tenemos por ejemplo muchas proyecciones contra “el hombre”, contra “los hombres”... y así, cuando parece que “se habla mal” de alguna mujer, “de las mujeres”... en seguida éstas digamos que “hacen secta”.

Lo digo porque quiero tratar la cuestión de “hablar de los secretos de los demás”.

Esto es algo que en principio mi biomadre no querría que yo haga, es decir, que cuente “sus cosas”, de entrada. Pero, en realidad, luego en el mundo espiritual somos totalmente transparentes, y ¿qué miedo tenemos a la verdad? Veamos entonces algo sobre este tema “delicado”.

¿Por qué hablo yo de “los secretos” de otras personas, en concreto de mi biomadre?

Porque me ha afectado personalmente, como ya vimos. Por ejemplo, me ha afectado el hecho de que abortara pocos años después de tenerme a mí (abortara un medio-hermano), y el hecho de que mantuviera ese secreto con la familia todo el rato (sobre todo con mi bioabuela, a la que en gran medida era a quien se dirigía el “mensaje” que conllevaba ese evento del “embarazo no deseado”, que se quedara embarazada de mí... cosa esta que fue un poco o bastante traumática para todos los concernidos).

Estos aspectos “secretos” me atañen muy personalmente. Es decir, no son “cosas particulares”, no son las cosas “de mi madre”, pues sin ellas no puedo entender ni admitir bien mis historias, mis pecados y los de otros (lo hemos visto en varios audios, y este audio-texto es un poco su complemento o continuación).

3 “Heurística”, en la wikipedia: <https://es.wikipedia.org/wiki/Heurística>

En este sentido “todo está unido”, “todo está relacionado”, y en este caso es crucial aclararse sobre todo esto.

Diálogo, apertura, sinceridad, deseo, lógica...

Entonces, decíamos que se dio más o menos de forma natural ese diálogo lógico; y se siente que con algo así se pueden aclarar muchas cosas; y lo mismo puede suceder en un diálogo no ya con otra persona, sino incluso con Dios y guías... como vimos en varias ocasiones. Y sabemos que funciona.

Tenemos pues esa función aclaradora del mero diálogo, e incluso con el simple “diario” escrito, aunque solo sea eso.

Y es que comprobamos que la sinceridad en el deseo de conocer da sus frutos. Y lo vimos el otro día en la conversación, aunque no es que mi biomadre terminara llorando así como así... pero sí conectó por primera vez un poco más abiertamente con algo sobre este tema, en las conversaciones, pues ya le he mentado mucho el aborto. Conectó, digo, con algo de “emocionalidad” al respecto, y de hecho fue como que “moqueaba” un poco. Pero se reprimía, y al principio no quería reconocer que lo hacía —pero luego parece que sí reconocía su represión de la pena—.

Y por cierto, ella me dice que a mí nunca me había visto llorar, y ya sabemos de quién en gran medida (de ella y de mi abuela y abuelo) he aprendido a reprimir esa emoción liberadora fundamental que es la de “sollozar humildemente”, como los niños más “puros”.

A mi biomadre en seguida, a los 9 meses de yo nacer, le dieron un trabajo siendo “madre soltera”. Es decir, tuvo “suerte”, y fue mi “bioabuela” quien me crió en gran medida. Mi biomadre pudo así escapar de esa atmósfera opresiva que era realmente la casa para ella, y desde hace años; cosa de la cual no tomó responsabilidad, tal como no solemos hacer la gente —responsabilidad para desafiar miedos, para tomar las riendas de la vida cada vez más, para tomar decisiones...—.

Y al no hacer eso, la vida entonces nos tiene que mostrar las emociones con detonaciones “brutales”, como por ejemplo con el evento de tener un “hijo no deseado”. Así, la vida nos muestra lo que las cosas serían a nivel profundo, literalmente: unas “creaciones” hechas desde y “para” nuestras emociones, sean negativas o sean positivas.

Yo fui, pues, un embarazo “de repente”; y esa fue una oportunidad, una más, y descomunal, para poder “aprender sobre el amor”, tal como en general ocurre con los niños y los eventos que detonan. Fue una oportunidad para aprender sobre aquello que sería la base de “todas las cosas”: el amor, y por la simple razón de que al final a todo el mundo le gusta ser cuidado, cuidarse bien, etc., pero claro, ¿en armonía con qué cosas? ¿En armonía con qué “principios”, ha de ser tal cuidado, tal amor?

Y, además, ¿se puede demostrar, puede uno comprobar en su experiencia, claramente, que una tal armonía con ciertos principios y no con otros es más funcional a la hora de mejorar el cuidado, el amor?

Sí, pues mismamente tenemos por ejemplo a *la naturaleza*, que ya expresaría de por sí los principios de amor, de verdad... (“verdad” en tanto que “leyes que rigen los hechos”, de entrada; y principios como los de economía, función, permanencia... que son en un número infinito, y que, por cierto, serían los atributos de Dios —pero no nos meteremos ahora en esto—).

Así pues, el amor sería el principio más importante.

Secretos, aborto y miedo a las leyes naturales y las consecuencias por ellas administradas

Y bien, “los secretos”.

Para no estar mal (en desarmonía con el amor), tenemos que sacar a la luz sin miedo nuestros

problemas y errores, y haciéndolo van a aparecer por fuerza los padres, las madres... pues en los hogares los adultos siempre nos han usado como excusa, de algún tipo, para el sacrificio —siempre—, cuando éramos pequeños. En plan:

“Bueno, como ya tengo el hijo, ahora me acomodo aquí así...”.

O bien, por ejemplo:

“ahora quizá acomode el estado de la pareja, en el sentido de que, teniendo un hijo, u otro hijo... quizá vaya mejor el matrimonio, pues así como estamos la cosa no va muy bien”.

Esto, como vemos, es una expectativa, totalmente una expectativa; y estamos comprobando que todas las expectativas son desamorosas.

Veamos ahí, pues, el papel emocional que tiene que cumplir alguien incluso ya antes de llegar a salir del útero; aunque esto, esta atribución de papeles predeterminados puede parecer que es un buen fin, es decir, que es “por el bien” de la nueva criatura, que son “buenas intenciones”, que está bien porque, bueno:

“las gallinas que entran por las que salen”;

Porque...:

“bueno, sí, claro, yo, el (bio)padre, la (bio)madre, yo... ‘le he dado la vida’ a esta criatura... y mira, tampoco pido mucho... que nos dé algo ‘a cambio’...”...

Vemos pues que todo esto va a la contra del célebre “amor incondicional”, y así es como ya tan pronto empieza a “liarse parda”.

Entonces, ¿por qué le tenemos miedo a las leyes naturales?

La acción de esas leyes nos muestra las consecuencias de la desarmonía, es decir, de los actos que están en desarmonía con el amor, o sea: los pecados, tal como los llamaremos, y no por casualidad, ya que técnicamente son eso mismo (y así, por cierto, suscitamos quizá el dolor emocional que inevitablemente conlleva a menudo la palabra “pecado”, pues todo dolor emocional está dentro de nosotros, si lo sentimos, y por tanto lo necesitamos “llorar”).

Así pues, en gran medida nos han usado como excusas para proteger los miedos de los adultos —a todos—. Y eso es un pecado, pues daña el alma; y con ese daño dentro, iremos luego, en el resto de la vida, a hacer inevitablemente responsable de ello a nuestro entorno —responsable de ese daño, de ese dolor emocional—.

Eso lo hacemos con una especie de continuo bombardeo emocional en el que nos meteremos sí o sí, una vez dañados. Y, como vemos, todo tiene pues sus razones, y estas cosas son simplemente hechos; es decir, aquí no estamos condenando ni juzgando a nadie; se trata de hechos:

Hay una adicción emocional continua, con los hijos, más o menos intensamente ejercida, para que los niños desde muy pronto satisfagan emociones sin sanar, para proteger los miedos, etc.:

“yo te uso a ti para no tener que sentir mi soledad, mi frustración con el otro sexo”... etc.

Y de ahí provienen otras cosas muy comunes, que se dan a nivel sutil pero que en el fondo no es tan sutil, energéticamente hablando (pues es en realidad de lo más intenso); me refiero a cosas como el incesto emocional, algo que a mí me afecta mucho (recordemos, desde pequeños, ya que al irnos a dormir salimos del cuerpo físico en el cuerpo-espíritu, ahí, nos abusan, abusamos, etc. Es decir, abusamos y somos abusados en ese mundo espiritual, cuando vamos a dormir, y nada más y nada menos que a menudo eso sucederá de parte de nuestras propias madres, padres, etc.).

Excusas, autoengaño, la ética más básica, arrepentimiento

Entonces, en este “usarnos de excusa”, a mí, mi biomadre me utilizó para abortar al segundo hijo en este sentido que estamos discerniendo (ella decía que no habría que darle “otro disgusto a mi abuela”).

Y fijaros, hablábamos del arrepentimiento: Yo de cierto modo soy “hijo del pecado”, en el sentido de que mi bioabuela le comentó a mi biomadre, en una conversación, cuando mi biomadre le comunicó el embarazo:

“ahora no irás a cometer ahora otra locura más”.

Con eso, mi bioabuela —que se autodenominaba católica— le estaba así como diciendo, a mi biomadre, que ésta no cometiera otro pecado más, para colmo.

Esto lo hablamos un poco en algún audio anterior, en alguno que además tuve que rectificar un poco, porque por ciertas confusiones que se dieron debido lo poco claro que se hablaba de esto hace muchos años, resulta que parece ser que en mi caso, a mi biomadre no se le pasó por la cabeza el abortarme (pese a que mi biopadre —al que por cierto yo no conocí físicamente— le hablara de la posibilidad), aunque luego mi biomadre sí abortara poco después a mi medio-hermano, cuando tuvo otro amante.

Y, como claramente comprobamos, en la vida nos terminamos *maleando* mucho debido al *sacrificio* que hacemos mediante tantas adicciones emocionales, en unos hogares que son más o menos infernales, en tanto que son en gran medida unas cámaras de reverberación de heridas emocionales.

En eso se convierten los hogares, pues estamos haciendo resonar, “reverberando”, esas mismas heridas que han sido pasadas sobre todo del alma de la madre a los hijos, profundamente, cuando éstos están en el útero. Esas heridas se ven luego muy reforzadas, por supuesto, con toda nuestra abundante acción desarmónica con el amor en el trato emocional y físico que tenemos hacia otras personas, y hacia nosotros mismos, en las “relaciones de arrepentimiento”: con hijos, parejas, amigos, etc.

Por cierto, veamos algo que quizá indicaría un cierto arrepentimiento de mi biopadre, en cuanto a reparar el hecho de tener o haber tenido aquella “fría intención” de abortarme (“fría”, como suele ser más la actitud del varón, ya que nos enseñan tan prototípicamente a no llorar, etc.).

Y recordemos que la ley de atracción de los niños en general es mejor, aunque ya estén muy tocados por todo lo que vamos absorbiendo desde la estancia intrauterina. Lo digo porque sin duda, muchas de estas madres que quizá iban a abortar, o que se lo propusieron o alguien se lo propuso, pero que luego se fuerzan a tener el hijo, están en cierto modo despreciando posibilidades que el hijo podría atraer para su vida, si por ejemplo lo dieran en adopción.

Lo digo porque mi biopadre ofreció ayuda, rechazada básicamente por mis abuelos (y en parte por la falta de carácter de mi biomadre a la hora de decidir por su cuenta al respecto).

Mi biomadre digamos que podría haber aplicado un poco la ética (cosa que en general todos hacemos poco, y poco reflexivamente)... y preguntarse en algún momento temprano:

“¿a mí me gustaría que me trataran como yo voy a tratar a este hijo?”.

Pues me iba a meter en un sitio, en esa casa, pero por el motivo de que “hay que tenerlo”, y ya está, mientras que ella realmente no quería. Y esto luego se demostraría, que no quería ser madre —hacer de madre—. Eso era muy lógico, por cierto, pues mi abuela estaba muy traumada con el mismo tema de “ser madre”, y mi madre fue en realidad una “adolescente eterna”, herida —tal como yo todavía en gran medida soy—.

Mi biomadre luego reconoció, algunas veces, por cierto, que le gustaría haber deseado estar más pendiente de mí cuando yo era muy pequeño. Pero es que a mi biomadre tampoco le dieron nada de “reconocimiento álmico esencial”, por lo que he dicho respecto a mi bioabuela y su maternidad temprana, muy herida, y con más trauma al parecer en el segundo parto (el de mi biomadre).

Entonces, estábamos con mi biopadre: él deseó ayudar, pero esa ayuda la rechazaron orgullosa, dolidamente, mis abuelos. Y, recordemos: si nos hubieran dado en adopción no habría cambiado nada esencial en nuestras vidas, como siempre decimos. ¿Por qué? Porque somos el alma, que encarna acogiendo y dando vida a dos cuerpos, físico y espiritual, cuerpos que empiezan a crecer en el útero o probeta, etc.

El alma estaría dada por Dios como la creación más grande, y por tanto con una inmensa capacidad de crecer en amor, e incluso de recibir el amor de Dios.

(Nota sobre los animales superiores: Cosa esta que los demás seres vivos no pueden hacer: recibir el amor de Dios. Y no sé cómo se dará el crecimiento de los animales superiores en amor en general, una vez más o menos acostumbrados (?) al miedo en el que empiezan a vivir aquí en el entorno humano con tantas almas aterrorizadas. Es decir, no sé qué repercusiones tendrá el miedo en sus *cuerpos-espíritu*, en el caso de los animales superiores, es decir, de los que sobreviven como cuerpos-espíritu en el mundo espiritual tras dejar el cuerpo físico atrás. No sé si tal progreso o “redención” (aunque no se podría hablar propiamente en los mismos términos que con respecto al alma, al humano) se da muy de motu propio, por su parte, por parte de los animales superiores, hacia la condición de perfección en amor natural. Aunque sí vimos que parece que pueden compartir la condición álmica, no sólo, como ya vemos, en el mundo físico —pues aquí estamos con ellos y nos están reflejando tal condición del alma humana— sino también en el mundo espiritual, compartiendo, pues, las diversas condiciones de amor relativas a las diferentes dimensiones).

Entonces, estábamos con el tema de mi biopadre, que estaría así como “arrepintiéndose”; y, lo dicho: Él quiso echar una mano (y, por cierto, le podrían haber tomado el brazo entero, y decirle: “todo para ti, toma al niño”).

Y eso, en cuanto a la ética, estábamos diciendo que habría sido una maniobra de honestidad, armónica, pues realmente mi biomadre no quería “ser madre”, y mi bioabuela en realidad lo hizo básicamente por obligación sacrificada.

Pero es así también como en general organizamos la crianza como sociedad, en realidad; y mi bioabuela no iba a ser “menos”: es así como tuvo a sus hijas, en realidad, con actitud “sacrificio” (que tan inevitable parece por cómo están organizadas las cosas), en gran medida.

Aunque parece que conmigo en parte se sacrificaría así como para resarcirse, tal como pudo quizá pensar explícitamente mi bioabuela a veces —quizá—: resarcirse de aquello que había hecho mal con sus hijas hacía ya unos 25-26 años, en las primeras crianzas que se vio obligada a hacer. Quizá conmigo, digo, fue una especie de resarcirse, en su entender, y si es que entendía que algo hizo mal con sus hijas.

Pero mi bioabuela, y mi biomadre, me usaron para no sentir la vergüenza de lo que había pasado. Es decir, mi abuela me usó para no sentir acerca del hecho de que su hija había tenido un hijo de ese modo, “por sorpresa”.

O sea, diría mi bioabuela:

“me sacrifico... para no sentir mi vergüenza (sexual)”...

Esa era una vergüenza enorme, lógicamente pasada a su vez por las anteriores generaciones a mi bioabuela... y:

“voy a sacrificarme, sacrificando a su vez a este niño en una atmósfera así”.

Condición del alma, transparencia, miedo a la verdad

Entonces, estábamos con el tema de la *transparencia* en el mundo espiritual (y en el contexto de guardar secretos).

Y es que la condición de alma nos la ven tal cual; no podemos esconder nada a casi nadie en cuanto los espíritus estén algo elevados en amor. Y, de hecho, no hace falta estar muy elevados (podemos estar muy confusos, llenos de miedo, etc.) para que, cuando vemos o cuando sentimos a alguien —a alguien a quien no necesariamente hemos de tener cerca físicamente— podamos sentir muchas cosas esenciales acerca de la condición álmica de esa persona. En seguida podemos recibir verdad sobre la condición álmica de la otra persona. Y en el mundo espiritual esta transparencia sería lo normal.

Entonces, al sentir mejor las emociones, las energías, así como “volando” por ahí, parece que sentimos, que vemos esas energías más como firmas emocionales de eventos sanados o no, positivos o

no, del pasado, de pecados posibles cometidos por la persona o recibidos por ella, por ejemplo.

Entonces, es muy absurdo este miedo a la verdad a nivel de los pecados, pues cuanto más miedo acumulemos más se refuerza la herida que se ha construido en el alma.

Por eso estamos hablando de secretos: porque me afectan, personalmente, estos “secretos de los pecados de otros”, pues no son otras personas cualesquiera, sino precisamente aquellas de cuyas almas mi alma absorbió las semillas del condicionamiento malo que luego llevé a cabo o actué después, para mayor degradación del alma (actuando en la resistencia a sentir humildemente ese daño recibido por la madre, abuela, abuelo... tal como nos sucede a todos, actuando desde el daño, más o menos confusos, en la locura de vivir en el yo herido, deseando ignorar cosas como la verdad sobre el alma gemela, y por norma; es decir, está normalizado, es decir:

*“¡viva la pepa!; pues ‘es que el mundo es así...’, tener varias parejas es lo normal...”*⁴

¿Por qué proteger pues el miedo a que se sepa la verdad, el miedo a sentirla y decir la verdad?

La extraña e inconcebible —pero universal— necesidad de perdón a la madre

Entonces, el arrepentimiento, si se quiere hay que desearlo.

El perdón... ¿por qué el perdón con la madre es tan básico? Por ejemplo, pongamos un extremo: que a vuestra madre la hubieran pegado físicamente cuando estabais en el útero. Entonces, si ella en vez de llorar por ese dolor emocional y físico —el que le provoque ese maltrato—, si en vez de llorar de inmediato ese miedo, ella bloquea su alma con ese bloqueo de miedo (como ruta emocional que hace que la energía pueda fluir menos en esa alma de la madre, de modo que esa energía que aviva su cuerpo irá peor, hará que el sistema vaya a peor)... y si por tanto la biomadre se queda con ese miedo o terror bloqueado, entonces el niño/a tiene que perdonarla a ella, y no al padre por pegar a su madre (tan sacralizada, para nuestra desgracia, por el tabú de la madre, y con toda la victimización concomitante, etc., esa que tanto es aprovechada hoy para vender todo tipo de desastre, más o menos efectivo a la larga, como desastre).

El niño ha de perdonarla a ella, en este sentido técnico de “perdón”, que es meramente sentir las emociones heridas, sentir y dejar fluir las emociones bloqueadas que está sintiendo ahí el niño... cuando está en el útero; es decir, esa retirada del amor, que es lo que ha hecho la madre, no el padre directamente al niño o niña.

Y si la madre llorara inmediatamente, el niño no recibiría el daño que es vivir en un alma que está enseñando a ir en desarmonía con la ley más básica del alma: “que fluya la emoción”.

Pero, recordemos, hay mucho miedo aquí, miedo que parece muy “físicamente justificado”, aunque álmicamente no sería así (lo digo porque lo que solemos seguramente pensar es que muchas veces alguien que está pegando a una mujer u otra persona más débil, si la mujer o la persona llora y se libera álmicamente, podría ser maltratada más aún, y podría hasta ser asesinada).

Pero eso a la larga sería lo bueno para todas las almas, en el fondo, a la larga... aunque abandonen sus cuerpos físicos ahí (tanto madre como hijo, quizá). Si no queremos cargar el alma con más bloqueo, a cada momento hay que hacer eso: dejar fluir, sentir todo humildemente, no retener el miedo, llorar lo que haga falta, etc.

Entonces, tal como se habla, tanto, sobre la presencia de alma... efectivamente: presencia en ese sentido, para volver a ser como niños con todas las emociones. Para ello se necesita “vivir el presente” —ese tema tan manido—. Pues si no lloramos ese miedo que nos dé el hecho de la violencia de un marido, una pareja (o una mujer pareja, en una pareja lesbiana)... si no lo lloramos... el niño habrá de sentir ese miedo, y tendrá que perdonar a la madre, no al padre maltratador.

Y claro, luego sí: al padre biológico seguramente le va a tener que perdonar muchas cosas, simplemente sintiendo todo lo que le venga de ahí, de ese entorno, con esa rabia que sea proyectada

⁴ E incluso, como tantas veces hemos comentado, vemos a las religiones apoyando uniones “matrimoniales” entre personas que no son almas gemelas, apoyando así un pecado.

hacia el entorno en el que el niño o niña se encuentra, etc.

Y de hecho en el útero la situación es que el padre proyecta su miedo con violencia airada hacia el cuerpo de la madre, pero la madre no quiere sentir y expresar la frustración de eso, o directamente temblar y llorar el miedo; y así, por tanto, está protegiendo en su alma ese miedo que ha atraído la posibilidad de tener esa relación tan desamorosa en la vida, unas atracciones que no se podrían dar si no tuviéramos “agujeros” en el alma, debilidades que permiten eso (pues todo va así, por ley, como vimos —lo cual no quiere decir, por supuesto, que la mujer sea culpable de que la peguen, sino que somos responsables en ese nivel tan profundo, elemental, simple, y que nos explica tantas cosas—).

Lógica, sinceridad, verdad, frutos emocionales

Vamos pues al tema de la lógica, que es muy bonito. Lo veremos aquí en un caso digamos “positivo” y también “negativo”, que es por donde hemos empezado, pues el arrepentimiento es muy importante y más difícil para nosotros que el perdón.

Vamos a generalizar el hecho de que el discurso (incluso en diálogo), si lo hacemos con sinceridad, puede abrirnos a más verdad.

Es decir, al considerar la lógica de una situación (como la del aborto, o en general de la vida) con un *deseo sincero*, obtenemos “frutos emocionales”. Es decir, nos abrimos a cierta verdad personal, verdad emocional de uno mismo, que normalmente son muchos errores, y más en el caso de temas como este del aborto.

Entonces, nos abrimos a eso, y podríamos llamar a la lógica —como hicimos recientemente en un audio— el despliegue de la verdad en el discurso.

Y gracias a ese despliegue que es habilitado por un deseo más o menos sincero, accedemos a nuestra alma, para bien y para mal, pues está herida; pero también puede ser un discurso relativo a verdades llamémoslas “positivas”, y que igualmente habrá que sentir y practicar personalmente si las queremos asimilar (dichas verdades).

Pero, lo dicho: el discurso y el diálogo nos pueden llevar a inspirarnos y a que nos inspiren guías, a ser posible guías del amor divino... a que nos inspiren por esos derroteros por donde nos está llevando a hechos como los del otro día —en el diálogo, en el que yo le comentaba literalmente esto así a mi biomadre—, cuando hablábamos de que la sinceridad en la consideración de la lógica es funcional a la hora de observar, constatar y celebrar cómo se da el despliegue de la verdad —y que la verdad libera, que ese deseo libera—.

Así pues, en el fondo todo radica en el deseo, y en si éste está o no en armonía con el amor. Y para ello el deseo ha de ir acompañado de verdad, es decir, de cierta sinceridad... y entonces... surgirán las emociones.

Aquí hablamos de discurso, pues, pero simplemente hablamos de eso para sacar a relucir la posible sinceridad en el discurso, y que ésta da frutos, en tanto esa liberación de una verdad que libera.

Y esto es lo que comentaba con mi biomadre, pues la conversación comenzó con esas preguntas directas en torno al aborto, hablando de la necesidad del arrepentimiento, y que todos tendríamos como almas heridas.

Así pues, vivimos en el estado de no arrepentirnos, y en esta situación tenemos una serie de opciones lógicas. Si no nos arrepentimos, es decir, si no sentimos más la pena (cosa que sí se dio algo en esa conversación, como ya dije, gracias a esta aceptación de hablar francamente, pues mi biomadre terminó “conectando con emociones”)... si uno no se arrepiente... se están aceptando cosas, de alguna manera; y, sobre todo, se está aceptando un deseo de ignorancia a nivel de lo que pasó, de qué era lo que pasó, de quién era, y de si era alguien quien estaba en el útero.

O sea, se está ninguneando a una posible alma. Es decir, no es sólo que se sacrifique un cuerpo, sino que, en caso de que admitamos que haya un alma en el útero —un alma igual de potencialmente poderosa y valiosa que nosotros—, y en el caso de que, tal como mi biomadre admitía realmente,

nosotros seamos “más que el cuerpo”... entonces, cuando uno está en ese estado, vemos cómo vivimos en la arrogancia, definida de forma nueva y simple como lo contrario a la *humildad*, siendo ésta definida como el deseo apasionado de sentir todo.

Es decir, “arrogancia”: uno no desea sentir las emociones en torno a lo que hizo ahí mal a otros y a su propia alma.

Y con las cosas relativas al arrepentimiento es —como comenta mucho Jesús— cuando menos lo queremos hacer, cuando menos humildes queremos ser. (Por eso en la Nueva Era y en las suplantaciones de Jesús, etc., se habla tan poco de esto; y, cuando se habla, no se trata con un concepto claro de Dios, del alma... tal como lo que sí vemos expuesto por Jesús y por su “novia”, su pareja natural —alma gemela—).

Entonces, nada más plantear esto surgió decir que el aborto no es lo óptimo (eso dijo que ahora pensaba ella, mi biomadre, pero no sé lo que pensaría en aquel momento del pasado —ahora mismo, tras tantos años, dice eso—).

Y entonces, fijémonos en el problema de ética que surge ahí, y en la confusión entre las piezas de algo así como un puzzle que no queremos armar. Pues si “somos más que un cuerpo”, entonces, eso que somos... ¿está antes del nacimiento? ¿Está o no en el feto?

Y, no sólo eso, si eso que somos “está antes”, entonces podríamos argumentar: “es que no es consciente” (pensando que ese ser puede hacer algo así como “apartar completamente ese trauma... y ya está”).

Es decir,, ese ser sería así como un “espíritu todopoderoso”, uno que puede decir:
“bueno, estoy pero no estoy”...

Y Jesús, nuevamente, con la explicación simple, y que simplemente es que el alma es la sede de la autoconsciencia⁵, que el alma es la que tiene la autoconsciencia, y entonces, ese feto, aunque apenas haya desarrollado tal potencial, lo tiene, y lo es esencialmente (y ya lo desarrolló un poco).

Entonces, como vemos, toca elegir: ¿uno quiere lo complejo, o podría quedarse a comprobar lo simple, aplicando la navaja de Ockham?

Y es que, si somos algo más que un cuerpo...

Pero, espera, vamos por el otro derrotero un momento, es decir, por el extremo de: “sólo somos el cuerpo”. Aquí igualmente tenemos “un problema de ética”, porque el feto es eso, igual que nosotros lo seríamos en este supuesto: “sólo cuerpo”.

¿O bien elegimos decir que sólo somos un cuerpo después de nacer? Eso suena raro —al feto le duelen cosas, etc.—.

Pero sigamos por el derrotero de “somos algo más que un cuerpo”. Y hay fenomenología de sobra para documentar esta hipótesis, de modo que sería un no parar y nos perderíamos si nos ponemos a mirar todos los hechos y tenerlos en cuenta, como hechos fehacientes —aunque sólo se quisiera tener en cuenta el cuerpo-espíritu—.

¿Somos más que un cuerpo? Ah, entonces, ahí nos surgió el “antes y después de nacer”, aplicando el principio de economía. Si ya hemos aceptado esa hipótesis (somos más que un cuerpo) porque está documentada; si la hemos aceptado así como para explicarnos las cosas —sin rechazar algunos fenómenos incómodos a nuestro capricho—, y así como para incluso armar la fe, para ser fieles a la verdad... vamos a considerar y seguir con eso más simple, y tirar millas, a ver cómo eso nos permite sentir y pensar las situaciones y la vida: lo somos, pues, antes y después de nacer, de salir de la biomadre o de la probeta.

5 A nivel humano, ya que los animales propiamente hablando no tendrían autoconsciencia, por mucho que pueda parecerlo en ciertos conceptos.

Una “verdad” tipo “Nueva Era” sobre el aborto: arrogancia y egoísmo

Ahora bien, claro, yo mismo, y muchas otras personas, hemos contactado —y no por casualidad— con versiones de ciertos supuestos que existen como creencias en la Nueva Era; me refiero a canalizaciones, por ejemplo, donde los espíritus dicen más o menos que no pasa nada con el aborto, pues esa alma ya tendría otra oportunidad de encarnar, ya se buscaría la vida por ahí.

Yo atraje esa explicación a mi vida, resonando con ese egoísmo que ahora siento tanto reverberar en el egoísmo de mi madre, el que veo reflejado, pues de hecho compartimos objetivamente esa condición álmica de asesinos, como dijimos.

Está resonando, pues, ese egoísmo que en aquel entonces estaba nutrido en mí por una fachada espiritual. Y ahí, fui pues algo más consciente de esa versión que dan los espíritus (versión de “lo que pasa o no pasa en el aborto”, dada por espíritus que a veces se hacen pasar por extraterrestres, por cierto, porque algunos se lo creerán, y/o porque serán a su vez abortos, y querrán negar ese trauma; y, por supuesto, la negación de las emociones nos lleva a la arrogancia, tal como la hemos definido arriba).

Resonamos con ese egoísmo, y en mi caso con una fachada espiritual que en ese momento había cultivado ya durante unos 9 años —tampoco muchísimos años, menos mal—.

Y estoy comprobando que esa “verdad” de los espíritus sería más falsa que nada. Y lo estoy comprobando porque todo esto va así como montándose como piezas de un puzzle en el que hacen falta los eureka emocionales para que estas estrategias de descubrimiento se vean retrospectivamente reforzadas y de hecho podamos sentir cómo es que la fe es igual como fenómeno a la fe que de hecho tienen y ejercen los científicos para “discernir entre certezas”, etc.

La fe está basada en hechos, como dice Jesús, aunque en nuestro caso son hechos a menudo denostados como “subjetivos”, pues no queremos afrontar la condición emocional, y por eso está tan mal el mundo, por cierto; esa es la “epidemia” fundamental, tal como la llega a llamar Jesús (“epidemia”) en un lugar: es la epidemia de no querer sentir las emociones (digamos que “la mayor epidemia”, si es que se quisiera creer en otro tipo de contagios físicos, y hablar comparativamente, cosa que no se podría en realidad; y es que en el fondo en realidad parece que vamos a comprobar que básicamente “todo” se debería en el fondo a la “interacción” entre: por un lado nuestra voluntad-deseo y las heridas emocionales que tenemos ahí, en nuestra condición álmica; y por otro lado la influencia de espíritus más o menos controladores en esas heridas).

Así que esa verdad canalizada sería como el summum del egoísmo:

“esa alma abortada ya tendrá la oportunidad...”.

Por eso, fijémonos en cómo la falsedad lleva a la falsedad, lo semejante atrae lo semejante.

Lo digo ahora por la “mentira” de la reencarnación, pues un espíritu que crea esas cosas se va a ver justificado a la hora de pegarse a los fetos, niños, a personas en general... pensando en las ideas de la reencarnación, y ninguneando de ese modo, en algún grado, a la nueva alma encarnada.

Como ya vimos, por cierto, ese ninguneo es atraído por las heridas emocionales de la madre y padre de ese feto. Esas heridas atraen a esos espíritus desarmónicos, aunque a veces algo brillantes, para que los espíritus se crean reencarnar, con fines a veces “benevolentes”, como el de continuar tradiciones religiosas, el de “ayudar a la Tierra”, etc. Esta es una ayuda que, como vemos, está en desarmonía con el amor, en realidad —en el sentido completo de “amor”, muy simple en el fondo—.

Y sin embargo estos espíritus a veces es como que salvan la vida física, parece que a algunos niños, por ejemplo; pero entonces pasan así como a sentirse con derecho de apropiarse de esa vida de alguna manera, para algún fin loable en su entender (cosa que en la Nueva Era se categoriza en conceptos con más o menos adorno).

Ningunean, pues, un alma. Eso nunca lo hace Dios, por lo tanto estamos en desarmonía. Y además, curiosamente, hay fenómenos raros que les suceden a los cuerpos de aquellas personas que canalizan, o simplemente a las que están en caminos del amor natural, cuando por ejemplo sus parejas

son canalizadores; hay fenómenos raros de sudores repentinos, etc., que se deberían a este tejemaneje artificial en el que se meten los más o menos desarmónicos espíritus de los caminos del amor natural, que creen en una salvación a la medida de sus fines, antes que a la medida de la plena y simple liberación de la gente como almas únicas y todas total e igualmente valiosas para Dios, y potencialmente eternas.

Entonces, falsedad atrae falsedad...

Y tenemos la explicación más simple, con la que comprobamos cómo vamos construyendo la fe.

Mi biomadre también dijo que no da igual sacrificar un cuerpo. Pero claro, le dije: la vida que ya vivimos en tanto que ese “discurso” que damos todo el rato, efectivamente, a la vida; o sea, la vida vista como un proceso en el que estamos hablando “a la vida” todo el rato... es una vida que habla de sacrificio, por mucho que creamos que no; pues al no sentir sobre ese sacrificio, estamos haciend oeso todo el rato, en base a un pecado fundamental (el de no dejar fluir el miedo); y, así, estamos contándole a la vida que “da igual sacrificar un cuerpo”, por mucho que neguemos esa creencia con nuestro “buenismo” (nuestro cuerpo es sacrificado de hecho, pues sufre el que por ley ha de expresar la condición de nuestra alma).

Lo digo porque se puede hacer también algo así como una justificación del aborto en una especie de fachada muy digamos “mental-espiritual”, incluso, que diría algo así:

“bueno, como el alma es más que el cuerpo, da igual el aborto”.

Y así, hasta nos podemos alegrar, incluso:

“no ha pasado nada por hacer eso; así, ¿para qué hablar de ello y remover eso? Pues, además, si hablo un poco más... o si tan siquiera me pongo a hablar de ello... entonces no van a venir tanto a —por ejemplo— mis encuentros espirituales; o no voy a tener tantos amigos, etc. ¿Para qué molestar a la gente? (Igual que yo, por cierto, aunque sea “maestro/a espiritual”, o sanador/a... yo, sea lo que sea, de todos modos no me quiero acordar del todo sobre cuánto no quería molestar a mi madre, por ejemplo, y me reprimía de cosas fundamentales; y eso es porque realmente no la he perdonado, aunque piense que sí, pues realmente no me he arrepentido de muchas cosas... yo, como “maestro espiritual” de algo más o menos ‘Nueva Era’, o de alguna suplantación de Jesús en algún libro de moda... pues: oye, el arrepentimiento... bueno, sí, vale, si quieres esas cosas... está todo cubierto en cosas como el curso de milagros, porque mira, ahí el perdón, el perdón, el perdón... ¿‘Arrepentimiento’? Uy, eso... bueno, ya veremos)”.

(Nota sobre este último aspecto: Ese curso hace esa suplantación arrogante; y las secuelas de dicho curso repiten en esencia el mismo gesto, pues todo esto de la “Nueva Era” es básicamente una estrategia de control, que en parte es bastante artera, sibilina... para que no se les escape la gente del mundo espiritual; y para enlentecer o distorsionar la posibilidad de recibir amor de Dios, también llamado amor divino: un amor que no es el amor natural. Y es que sucede que, como vimos, con el amor de Dios no es todo tan controlable, y por tanto los espíritus se verían más forzados a soltar sus miedos —como quizá se vayan a ver más de lo que se lo esperan—.)

Y esto nos lleva directos al tema de por qué a muchos espíritus les interesaría seguir en esa arrogancia con la verdad acerca del aborto. Y es que vimos que sus dimensiones y sus mundos sólo se renuevan de manera esencial si llegan nuevas almas.

¿Y cuáles son aquellas almas que serían posiblemente las más fáciles de manejar en algunos casos, ya que apenas tuvieron vida física, y ya que por ello tienen una extraña relación de “apego” con la Tierra, es decir, con el “origen de la vida”, con su “inicio”... así como en rechazo o en rechazo-nostalgia... dependiendo del tipo de aborto?

Los abortos a todas luces serían así: los espontáneos, y los más “violentos”, físicamente

hablando. Esto ya lo comentamos en varios audios anteriores. Y es que hay de hecho una lucha de poder en esos caminos del amor natural entre los espíritus; claro que es una lucha sin “espadas”, etc., pero con muchas maniobras, trucos, estrategias... para poder precisamente hacer eso: poder ejercer el poder, cierto control... realizando lo que ellos mismos llaman “cosecha de almas”.

Así pues, ese es un aspecto fundamental para poder entender lo que estaría pasando aquí con nuestro descomunal rechazo del arrepentimiento.

Ese mayor rechazo se vería reflejado en la realidad con la entrega de nuestro libre albedrío, el devenir tecnológico zombi que vivimos, donde vemos a algunos “controladores” lanzando discursos “contra” el alma y su mero concepto; siendo que “el alma” (deseos, etc.) es algo simple y técnicamente esencial para la “economía” de hoy, para la economía más básica, ya que el “material real”, el que de hecho ya entra en las ecuaciones literales y matemáticas de “la economía”, son las emociones, como los miedos que nos hacen vivir a las masas más o menos “al momento”, y comprando “aprobación” en “el mercado”, o comprando el último placebo o la marca que nos satisfaga el orgullo más o menos herido —de esos “niños heridos” que somos (sacralizando a las madres biológicas, etc.)—, comprando y mostrando a los “dioses de los datos” nuestras satisfacciones inmediatas de todo tipo, y más o menos sacralizadas o normalizadas orgullosamente como “la civilización”, etc.

Y todo para seguir con unas vidas que en el fondo no nos gustan, y que aunque nos gusten más, es decir, cuando son vidas de cierto “éxito”, en realidad en ellas normalmente vivimos en una fachada que nos va a salir cara, álmicamente hablando.

Si uno no se arrepiente, es decir, no quiere sentir ese dolor emocional, está siendo desarmónico con la ética más básica. Pues a nosotros, cuando somos “víctimas”, sí nos gustaría que las demás personas recibieran y tomaran nota del “mensaje que les están dando las leyes naturales a través del dolor emocional y físico” (las leyes de Dios nos indican, con dolor, cuándo hacemos cosas que dañan el alma de los demás y el alma propia).

Y claro, todo esto sucede tan “dramáticamente” porque no estamos aprovechando el regalo de poder recibir amor de Dios y no lo estamos recibiendo ni mucho menos todo el rato. Con esa “ayuda” todo podría ir más rápido y mejor; con esa ayuda podríamos sentir el dolor emocional más ágilmente y disolverlo en procesos de perdón y arrepentimiento cada vez más sinceros, más personalmente asumidos, y pudiendo pedir cada vez más el amor a Dios al sentir el dolor emocional, pudiendo desarrollar cada vez mejor la relación con Dios, el anhelo de su verdad absoluta, y de su amor... es decir, incorporando cada vez más a Dios en nuestra “ecuación personal” (de donde tan persistentemente lo sacamos).

Esos momentos de arrepentimiento y perdón, cuando contactamos más sinceramente con las heridas emocionales, son los momentos en que precisamente más podríamos profundizar la capacidad de sentir nuestra propia alma (en el perdón y el arrepentimiento, con la humildad ejercida ahí...), pues en ellos contactamos con nuestra alma herida, y con nuestros daños relativos al perdón y al arrepentimiento.

Entonces, como estábamos diciendo: nos gustaría que los demás, en caso de que sea verdad que somos el alma y que “para qué perdernos el comienzo de la vida física, aunque todo esté tan mal en la Tierra”... nos gustaría... que los demás no prescindan del mensaje amoroso que en el fondo está dando el dolor, ya que apunta hacia la pena o duelo por el que hay que pasar, debido a las cosas malas que les hacemos o hicimos a los demás (como a los no-nacidos).

Sobre el disfrute amargo y vengativo de la ley de compensación negativa

Y, por cierto, a todo el mundo le gusta, disfruta —con más o menos toque de perversión— de que los demás sufran la ley de compensación, aunque no hablen mucho de eso —si acaso llamándolo “karma”—.

Disfrutamos cuando les va mal a aquellos que sabemos que hicieron algo mal, que cometieron

un error más o menos grande, y sobre todo cuando nos lo hicieron a nosotros; y nos regocijamos de su mala suerte en el futuro, tras el paso de los años. Y es que en el fondo, aunque no lo digamos, sabemos que las leyes son así.

Y esto lo haría todo el mundo, crean o no en el alma y/o en Dios, o lo que sea; o sean ateos, da igual: hasta el más ateo se reconforta con los resultados de las leyes naturales en su actuación sobre las almas, ¡nada más y nada menos! ¡aunque no se diga! ¡Es evidente!

Es como si se conociera de sobra la ley de compensación. Y es lamentable, éticamente hablando, porque a nadie nos gusta que la gente disfrute de nuestro “infortunio”, pero disfrutamos cuando a un “malvado” le va mal, en vez de ayudar y desear ayudar a todos por igual a aprender sobre el amor.

Claro, estamos en gran desarmonía con Dios, pero, como almas, esto de la ley de compensación en general parece que lo tenemos muy bien asumido.

Y así, si no somos más que “un poco buenos”... nos quedaremos como mucho con el “regocijo vengativo” de observar la ley de compensación con más o menos disfrute al verla actuando implacablemente sobre el pecado de los demás, a la larga.

Pero, si no somos tan buenitos incluso queremos castigar por nuestra cuenta a esos malvados... o bien “proyectaremos” indirectamente nuestra rabia (o sea, miedo), más o menos violentamente, emocionalmente, contra esas personas que puede que personalmente nos hirieran (amigos, etc.).

El aborto en dos lugares tradicionales (Biblia)

He hablado de esa creencia “de los espíritus”, con la que resonamos en nuestra arrogancia egoísta, pues me vino muy clara esa idea: la de la alegría tan egoísta y arrogante de decir que:

“claro, si uno no se arrepiente del aborto, es simplemente por la verdad de que, como uno es más que un cuerpo..., pues da lo mismo”.

Y eso puede tener que ver, en mi caso, con que toda mi vida he estado muy influido, por cierto, por uno o varios espíritus, si no casi cubierto; y con que, lógicamente, como resulta que los espíritus ya saben de sobra que la muerte no es lo que parece... entonces este tipo de ideas les gustarán.

El alma herida tiene eso como creencia, y por eso la atraemos luego, en las “creencias Nueva Era”.

Y fijaros, podemos leer partes muy antiguas de la Biblia, partes que como poco son del año 150 antes de Cristo, y que contienen algunas breves observaciones sobre el aborto.

El “Eclesiastés”, el libro de Qohelet (que habría sido un rey judío), en su parte 6 dice:

“más feliz es un aborto, pues entre vanidades vino, y en la oscuridad se va”.

Aquí, a lo que vamos, es a ver cómo resulta que cuando no queremos afrontar las emociones, pasamos a un estado de no desear la sinceridad en general, de no desear la verdad; y por tanto pasamos a tornar eso en: bien sea en esa alegría tan falsa y tan horrible de “bueno, es que es más que un cuerpo, y da igual”... o bien en esta amargura, la denotada en este libro tradicional, tan informativo, y que nos lleva también a faltas de lógica; es decir, nos lleva a que no se podrá desplegar la verdad en nuestro discurso, pues estamos tapando heridas emocionales.

En la oscuridad se va el aborto, decía Qohelet... pero en la oscuridad del deseo de ignorancia de este rey que está “de vueltas de todo”. Qohelet está así como “de vueltas de todo”, y así lo expresa en su libro; aunque no acaba del todo cínico, como libro, pese a que es ambiguo.

Y dice:

“mientras su nombre queda oculto en las tinieblas. No ha visto el sol, no lo ha conocido, y descansa mejor que el otro”.

Fijémonos en cómo “inventa” cosas a raíz de querer vivir en la amargura.

El deseo, como está en desarmonía con el amor, pues el amor nos dictaría sentir todo (ser

humildes con todo)... ese deseo desarmonico nos desarmoniza de inmediato con la verdad, con la posibilidad de la verdad, pues amor y verdad van juntos (pues todo va por ley, y la verdad en principio no es más que las leyes en torno a los hechos, empezando por los hechos del alma, que sería la que rige, gobierna, nuestra existencia).

Y sigue:

“Y aunque hubiera vivido por dos veces mil años, pero sin saborear la felicidad, ¿acaso no caminan todos al mismo lugar?”.

Fijémonos en el cinismo que profesa... y que es el cinismo que profesamos en el fondo por defecto todos en alguna medida.

Y aquí en esta edición de la biblia cristiana (la llamada “de Jerusalén”, que usamos en este texto completamente con fines educativos, por cierto, sin ánimo de lucro; y a esa “licencia” nos remitimos; muchas gracias (!)), nos remite a un pasaje del libro de Job donde también se habla de “no nacer”:

“¿por qué no morí antes de nacer, o salí del vientre ya cadáver. Por qué me recogieron dos rodillas dos pechos para amamantarme. Ahora reposaría en paz, ahora dormiría tranquilo”.

Claro esto es un relato progresivo, no son las últimas palabras de Job, cuidado.

Y sigue: *“con los reyes y consejeros de la Tierra, que se hacen construir mausoleos”.*

O sea, Job está equiparándose con el cuerpo, pues entonces estaría en el cementerio...:

“o con los príncipes que abundan en oro, que llenan de plata sus tumbas. Como aborto ignorado no existiría; como niño que no llega a ver la luz. Allí acaba la agitación de los malvados. Allí reposa la gente ya sin fuerzas”.

Fijaros, nuevamente tenemos lo mismo: Ese deseo de ignorancia, aplicado personalmente en uno mismo, sobre el alma, pues acaba con faltas de lógica, con faltas a la verdad, y no se puede desplegar la verdad (por falta de humildad). Así nos acabamos “hundiendo” más, pues la falsedad provoca más desarmonía.

Por cierto, será por eso, claro está, que es tan peligroso enseñar por enseñar a la gente cosas, así como así; aunque este no es un libro para decir: “os voy a enseñar esto para siempre, y ya”, pues parece ser así como un relato, aunque mucha gente se lo tomará a la torera, y tomará del libro algunas cosas como “enseñanza última”, siendo que no estaría tan destinado a eso.

Entonces, ¿es que con la muerte acaba la agitación de los malvados? Para nada. Lo sabemos por los testimonios y lo que vamos comprobando con la “conciencia” (ese órgano de la verdad de Dios para sentir a Dios todo el rato, tal como podríamos sentirlo)

Y dice:

“hasta los prisioneros descansan en paz, sin oír los gritos del capataz. Allí van a parar pequeños y grandes, allí el esclavo se libra de su dueño. ¿Por qué dio luz a un desdichado, vida a los que viven amargados, que suspiran en vano por la muerte, y la buscan con más ansia que un tesoro, que gozarían ante el túmulo funerario, y se alegrarían al encontrar la tumba? A los hombres carentes de futuro, por qué Dios les ha cerrado el paso”.

¡Ya estamos metiendo a Dios donde no entra!...

El “discurso” de la vida, y el “lado positivo”

¿Por qué antes hablábamos de “discurso”?

Discurso es “serie de palabras con coherencia lógica y gramatical, con las que se expresa lo que se siente o lo que se piensa”. Y ahora entraremos en el “lado positivo”, es decir, en lo que dijimos que íbamos a tratar brevemente.

Es el tema de la sinceridad en la vida, y de la valentía y el desafío de los miedos que nos permite asimilar más verdad, y, por lo tanto, ser más amorosos; es decir, estar más en armonía con el diseño, y comprobar (“científicamente”) si es verdad que todo está diseñado en base al amor, para y por la felicidad, es decir, que podamos ser felices cuanto antes, cuidándonos a nosotros mismos, a los

demás, al entorno... cada vez de forma más armónica, más “cósmica”, y que eso, que ese continuo “aprendizaje” sobre el amor nos haga por tanto cada vez más felices.

Esa “serie de palabras” que define el “discurso” la ampliamos en analogía con el “discurso” que todo el rato estaríamos haciendo con nuestros actos, nuestro comportamiento, como palabras.

¿Cuál es la coherencia lógica de eso? Las leyes naturales son, dan, esa coherencia, ese armazón o marco —evidentemente—.

Las leyes regulan, rigen, el modo de funcionamiento de “los hechos de la vida”. Y en estos hechos nuestro estado de ánimo es un componente fundamental, ya que un mismo evento lo podemos vivir, interpretar, disfrutar o no disfrutar, etc., según nuestro estado de ánimo.

Es decir, el mismo evento, según las personas y los momentos de la vida lo vivimos de muchas maneras diferentes en función del estado de nuestra alma, y de lo que hacemos y dejamos de hacer “con ella”, de lo que dejamos de hacer en el ámbito del amor por nosotros mismos, si somos esencialmente ese ánimo que motiva la vida (esos deseos, emociones, intenciones, pasiones... es decir, el alma, tal como la define Jesús —lo que anima aquello que es animado por lo que le da vida, cuerpos, eventos...—).

Esos eventos de la realidad están en relación evidente con estados de ánimo; y, tal como podemos comprobar “científicamente”, los eventos en cierto sentido ocurren para que afrontemos nuestras emociones, para que nos hagamos cargo de los motivos de nuestras interpretaciones de tales eventos (esas interpretaciones, esas vivencias, etc., que tanto dependen de nuestros estados de ánimo).

Vemos que existen las leyes naturales, aunque sólo lo queramos ver, o sobre todo ver, en el ámbito físico —como tratamos de forma básica en el texto sobre “amor y verdad”⁶—.

Hay pues esa coherencia de los eventos, vistos como “palabras”; pero otra cosa es ver qué se expresa ahí; sentir qué se expresa ahí, si se expresa algo... y en qué sentido se trata de “expresión”.

Y otra cosa es hacernos responsables de eso ahí, personalmente, y al menos intelectualmente en un principio, y a ser posible cuanto antes hacernos responsables emocionalmente, ya que seríamos almas, y el alma gobierna.

¿Qué se está expresando en nuestras vidas, vistas como eventos-palabras?

Nos podemos hacer cargo, y podemos de cierto modo ampliar el sentido de “discurrir”, es decir, así como cohesionar muchos de los significados de esa palabra, hilarlos... y entender cómo es que a la vez *discurrir* es el discurrir de los eventos, que en gran medida sucede en base al “agua emocional” de la vida del alma.

Y también significa correr por varias vías... como “río” de los eventos de la vida, que puede seguir varias vías, varios cursos, caminos... siendo que nosotros podemos ser auto-reflexivos ahí, en ese río. Es decir, podemos discurrir, reflexionar ahí, con el deseo más o menos sincero de hacernos realmente responsables de lo que sucede en “nuestra” vida, pero no para apropiarnos de ella en modo fachada, sino para quizá poder —si estamos en este camino— honrar más a Dios en “nuestras” vidas (y tal reflexión, tal discurrir, a veces lo necesitamos hacer claramente de forma primero intelectual, para siquiera poder empezar a ser emocionalmente responsables de lo que se está expresando con nuestras vidas).

La vida va discurriendo... y tenemos opciones... y, claro está, por eso es tan importante el libre albedrío. Aunque, como normalmente tenemos tan pocos “ejemplos de vida”, tan pocos ejemplos prácticos, incluso, o tan pocos que sean realmente y primero “prácticos” acerca de lo que es o no es posible hacer o dejar de hacer en nuestras vidas... entonces... nos normalizamos en muchas cosas.

Y en esta especie de industrialización de los cuerpos que estamos viviendo, eso se pretende incluso hacer sistema corporal, hacerlo “genético”, imprimirlo físicamente, y quizá hasta energéticamente, a nivel de los cuerpos-espíritu que ya tenemos todos pegados al cuerpo físico, siendo ambos avivados por nuestra alma, nuestra mitad de alma (si es que es posible ese control más a nivel

6 Ver: “Amor y verdad | Una introducción a la manera de Dios”: unplandivino.net/amor-y-verdad/

energético, por parte de las estrategias controladoras que “co-creamos” desde nuestras heridas de miedo⁷).

Y esto lo digo —esto sobre el discurrir de los eventos— porque siempre, regidos como están por la coherencia lógica, a todas luces lógica de las leyes naturales... ya que si no no podríamos siquiera vivir (aunque sólo sea físicamente hablando), eso, nos permite ver cómo se despliega ese discurso ahora ampliado así, “metafóricamente”, con ese “discurrir”, más o menos “inventivo” (pues discurrir también tiene ese sentido de idear o inventar algo nuevo).

Ampliado con ese “discurso” que le estamos dando a la vida, desde la vida que somos...: “¡oye!”...

Estamos todo el rato expresando; estamos en un estado emocional determinado, y Dios está leyendo todo el rato esas emociones, deseos, pasiones... a través de las leyes naturales, de forma digamos algo impersonal, automática, pero intrínsecamente amorosa, por diseño —tal como vamos a comprobar, en este “experimento de volver a ser como niños y devenir 100% emocionales”—.

Entonces, aunque no lo queramos, estamos dialogando con las leyes de Dios, en ese sentido (en este discurso).

Ahora bien, no nos lo tomamos con responsabilidad personal, el discurrir del río de eventos; es decir, lo vivimos como:

“venga, una experiencia, sí; y ¡otra experiencia! Pues vale”...

Y no *experimentamos* más como los niños más puros, que tienen digamos que una actitud infantil más pura; que desean siempre saber; que no están autolimitados en ese deseo, en esa fe en que van a poder absorber profundamente mucha más verdad y alegre verdad, profundizando en la verdad sobre la vida y sobre la existencia, sintiendo y asimilando las cosas gracias a muchos “eurekas emocionales” y “corporal-emocionales” (que sería el modo como realmente aprendemos).

Entonces, el deseo de saber, y esa cualidad espontánea de experimentación inocente... ser experimentales, o como lo queramos llamar, pero claro, sin ponernos en una actitud perversa, en una ya dolida, ya herida, que sería la de ponerse a experimentar cosas digamos más perversas, más feas, etc.

Esto lo digo por la evidencia de que un niño de forma natural no va a querer por ejemplo matar animales así como así y meterse sus cadáveres en la boca. Aunque, desde luego, en seguida los niños expresan heridas en su alma al modo adulto, y esto de meterse cadáveres en la boca lo hacen aparentemente de forma muy gustosa (y en gran medida para complacer las heridas emocionales de esos mismos adultos cuyas heridas ya llevan los niños almacenadas o medio almacenadas y bloqueadas muy profundamente en sus almas⁸).

¿Por qué digo esto? Porque el día 12 de julio (2023), en la conversación con mi biomadre, me contó algo que quizá no ha contado a nadie (porque, por cierto, es muy cerrada en general para muchas cosas emocionales, a imagen de mi abuela... con un enorme conflicto, por cierto, entre las dos... tan vivido en la fachada —pero es otro tema—⁹).

Me contó que tras realizar un viaje tuvo una especie de *inspiración* en una de sus estancias en el piso del que ahora vamos a hablar. (Ahora lo vemos.)

Una vez que yo ya era algo mayor (cuando yo ya tenía más de 20 años), parece que ella no se atrevía mucho a “hacer su vida”, de verdad (casi siempre vivieron juntas mi abuela y ella). Es decir, por ejemplo mi biomadre no tenía muchos motivos o “excusas” para irse por ahí sola.

7 De este tema, el control a nivel colectivo, hemos hablado ya bastante en otros textos y audios, y también en aquello sobre “amor y verdad” citado en la anterior nota al pie.

8 Esto lo hablábamos recientemente en el audio sobre el jamón serrano y mi abuela. Ahí trato un poco del veganismo, ya que el tema venía bastante a cuento. Ver: “Mi abuela: *“salvada por el jamón serrano”... y aprovechamos para hablar de cómo es que “Dios es vegano”*”: unplandivino.net/salvada-por-el-jamon/

9 “Conflicto”, en el sentido de que todas las emociones que nos han pasado madres, padres, etc., y que luego se quedan en nosotros como daño, un daño desde el cual actuamos desarmónicamente degradando más el alma... todo eso, es en general bastante traumático, y hay mucho sacrificio después, y mucho interés en la dependencia y codependencia emocional, para no sentir esas emociones heridas.

Entonces, tuvo la “excusa” de que ya se estaba comprando un piso que no era el de mi abuela, donde vivían (y donde en gran medida vivía yo también, pues yo a rachas iba y venía de ahí).

Ese piso lo estaba pagando ella, aunque está lejos de la casa donde ellas dos vivían y vivíamos.

Pero fijémonos en un detalle importante: La excusa con la que en gran medida ella se permitió comprárselo con su dinero (hasta ese punto llega el sacrificio), es que ese lugar era para mí.

Así es como se dio permiso ella misma para hacer ese gasto allá por el año 2001.

Luego, en seguida no fue “para mí”, pero al principio habría algo así como una especie de “guerrilla emocional de las heridas emocionales”, por cierto, ahora que lo voy entendiendo un poco más (es decir: como siempre, muchas cosas no dichas, exigencias, expectativas, etc., pero a nivel emocional —como siempre las ha habido, y tremendamente dañinas en “la familia”—).

Yo vivía en una confusión, o desarmonía muy grande (y ahora veo que es respecto a mi sentido de valía, profunda, de valor como persona, de valer, de ser¹⁰), y siempre iba como huyendo de todos lados; no sabía lo que estaba pasando, y aún no lo sé del todo, en cierto sentido de “saber”, pues si lo supiera con toda el alma ya no estaría en la situación actual.

Intelectualmente sí lo voy sabiendo, al menos intelectualmente, y eso ya es algo. Lo hemos hablado mucho: se trata del intercambio emocional profundo, de cómo eso condiciona, de lo mala que es la codependencia... y todo para que luego nosotros terminemos:

- no sólo *recibiendo* el mismo tipo de pecados (por ejemplo: mi biomadre tuvo un abuso sexual en la adolescencia —no muy grave, pero abuso—, y yo tuve uno igualmente en mi adolescencia —y debió de ser prácticamente a la misma edad en que le pasó a ella—¹¹),

- sino para que terminemos también *cometiendo* prácticamente los mismos pecados (o peores) ... y seamos pues sujetos en gran medida de esas inercias de las que *parece* que no podemos salir, por lo compulsivamente que nos vemos arrastrados en la inercia de la vida, donde no hay mucha autorreflexión al no ser humildes con las heridas (al ser arrogantes, en este sentido).

Así pues, en ese viaje, ella, para viajar, tuvo que desafiar algo de miedo (esto lo tuvo que admitir en la conversación, algo a regañadientes):

“¿Miedo, pero si yo me iba sola por ahí antes también?”.

10 Tal como aprendemos con Jesús, el *pecado intencional* contra nosotros nos causa a menudo mucho “auto-desamor”, en el sentido de un valor propio bajo, de tener un sentido bajo de nuestra valía o valor propio (muy bajo, muy a menudo).

Pecados intencionales son por ejemplo evidentemente los golpes y gritos, es decir, lo que físicamente recibidos como pecado cuando somos pequeños. También es la displicencia y la condescendencia que reciben muchos niños a veces de forma continua, en muchos ámbitos donde nos rodean adultos (madres, padres, profesores, etc.).

Tenemos esos pecados intencionales: los golpes, etc., y todas esas otras cosas intencionalmente hechas a los niños; pero también tenemos el incesto emocional, que es aparentemente una cosa más sutil, pero que es también algo muy intenso y grave en tanto que pecado intencional, pues es una “intención herida proyectada” hacia nosotros personalmente, a modo de utilización sexual de los niños por parte de madres y padres, adultos... en el estado de sueño, en nuestras vivencias en el cuerpo-espíritu cuando vamos a dormir (y, claro está, a veces también ocurre simplemente con los abusos físicos en estado de vigilia).

Este es por tanto otro pecado intencional recibido por nosotros como almas cuando somos pequeños. Y, por lo que parece, por lógica, debido a toda esa “obsesión con los hijos” que constatamos, y debido a todo ese “tabú de la madre” (y de los padres y las familias en general) que también constatamos... resulta que este pecado sería mucho más corriente de lo que pensamos que es, y ocurrirá en una medida bastante abundante en casi todas las familias —por lo que parece a todas luces cada vez más evidente—.

Luego, en general, todo ese pecado intencional recibido desde pequeños, al no perdonarlo (al no sentir, al resistirnos al dolor acumulado por ello), estaremos resentidos y cometeremos nosotros mismos actos más o menos desarmónicos (muy desarmónicos a veces, como el instigar abortos, etc.) que son en cierta medida simplemente venganza contra la vida.

11 Sobre este abuso a mi biomadre, ver: “Un caso de mini-abuso sexual a mi madre (biológica): ilustrando la verdad divina”: unplandivino.net/abuso-sexual-madre-caso/

Pero parece que ese detalle de “darse una cierta libertad” era algo que más bien tenía antes de tenerme a mí. Pues luego, la muy narcisista *culpa* —en la que vivimos más o menos todos— a ella le fue arrastrando a quedarse más parada —por ejemplo más parada en cuanto a su vida de pareja, etc.—.

Otra cosa es, pues, cuando ya me tenía a mí, y ya había por tanto más culpa incubada durante años.

Mi bioabuela era mucho de culpar, de sacrificio... en el sentido de “todo para el niño”, y de “qué va a ser del niño”... (cosa que por cierto vemos que es violencia, pues es bombear el miedo al entorno, ese miedo que mi bioabuela no quería temblar y “llorar”, y que es, lamentablemente, simplemente violencia, más violencia... y ello por muy buena intención que tengan los biopadres, los bioabuelos, etc. —pero están haciendo lo contrario de lo que creen: no es amor, no es un “cuidado bueno”, o sea, no es un cuidado amoroso; es violencia—).

Había pues algo de desafío del miedo a cómo reaccionaría la bioabuela... a lo que sentiría la bioabuela si mi biomadre se va más de viaje... Pero, claro, mi biomadre se siente en ese momento más y más justificada... pues era su casa.

Por cierto, yo por eso he tenido un cierto papel, digamos que de forma indirecta, inconsciente, no sólo de pareja de ellas dos, sino un poco de “padre director”, pero apenas por algunos detalles así, no muy en general (aunque son detalles importantes). En general, los detalles de “inspiración” o “dirección” quizá más importantes por parte del niño que yo era (los que daría yo más inconscientemente cuando era muy pequeño) fueron desestimados muy a menudo por ellas dos.

(Nota sobre “*ser pareja*” de las madres, padres, etc.: Al prescindir de la vida de pareja —los adultos en un sitio con niños— vemos que inevitablemente se dará cierta compulsión por cubrir ese vacío. Por eso entendemos y constatamos a veces lo malo que es el *incesto emocional*. De noche podemos haber establecido unas dinámicas de las que no nos queremos acordar por motivos evidentes. Y por cierto: si, en concreto mis dos bio-madres... si antes y después de dejar el cuerpo físico no quieren recordar como almas algunos eventos que pueda ser crucial recordar en ese sentido (de esos pecados para poder acceder a emociones heridas que causan nuestra intención de pecar, de usar a otros, etc.), entonces “la tenemos cruda”... y me refiero por ejemplo a “cruda”, lo tenemos difícil, a la hora de “volvemos a ver en el mundo espiritual” :). Lo digo porque en parte yo ya tengo más o menos claro “dónde” voy y “cómo” voy. Pero, cuidado con esto, pues no es que diga que “voy al cielo *directo*”, pues eso de “directo” no se da así; lo que quiero decir es que en este camino lo vamos teniendo cada vez más claro —y lo tendríamos rápidamente más claro si recibiéramos más amor divino de forma menos puntual—.)

Así pues “hay que” desear recordar todo, pues si no, lo que haremos es cierta “entrega del alma” a cosas, a caminos por ahí... una vez que huimos de afrontar las causas de todo el dolor emocional que hemos creado en otras almas, y del dolor que albergamos asociado al daño que hemos hecho y hacemos al entorno natural, etc. (Huimos de afrontar la concreción de quiénes han hecho qué cosa, y cómo se ha hecho.)

Entonces, ella, para viajar en ese momento, habría desafiado un poco de miedo, decíamos.

Y fijémonos: el discurrir de los eventos es “muy bonito”, aunque en ese momento ella no lo esté viviendo a modo de “experimento infantil humilde” (como decíamos antes)... es decir, en plan:

“ah, voy a observar, como los niños... deseando saber qué pasa conmigo en la vida a cada paso; sintiendo, en el sentido de sentir, no de pensar primero”... Y entonces: “¿me voy de aquí por miedo?... ¿mi motivo es el miedo? ¡Ah, mira! Me he atrevido a ir, y siento este miedo, pero no lo rechazo, pues como niño/a puro/a no rechazo”.

Claro que estas cosas no las diríamos así de conscientemente, así de reflexivamente, digamos... sino que, en un más o menos asumido “modo o actitud de experimento infantil”, simplemente nos atrevemos a seguir el deseo y sentimos de forma más espontánea su armonía cósmica, su pureza... lo

benéfico que será ponerlo en marcha. Y vamos, nos atrevemos:

“joder, tengo ganas, tengo ese deseo, me voy”.

¿Qué le pasó entonces?

Parece ser que fue en un viaje a ese piso (y tiene bastante claro que fue así, aunque no es del todo seguro que fuera en uno de los viajes que hizo a ese piso situado a su vez a unos kilómetros de algunas playas).

Y es que, cuando estaba en el mar, le dio una inspiración que llamó “chispazo”; y de repente lo vio todo de otro modo. Empezó a pensar en todas las cosas de la vida... dijo... y, fijaros, esto parece ser relevante como detalle: también empezó a pensar en mi biopadre.

Lo digo porque en ese momento él ya habría muerto, hace años —si es que el viaje fue cuando ese piso ya estaba siendo comprado, y por tanto en esas playas—.

Y podría ser que mi biopadre estuviera entre los espíritus acompañantes de mi biomadre ahí. Y por cierto, es casi seguro que mi biopadre debió de acompañarme bastante a mí, en general, pues tuve una especie de apego a Galicia (música, etc.) que no podría venir de otro lado, pues yo no conocí a mi biopadre, y es/era gallego.

Mi biopadre tendría muchos motivos evidentes para querer acompañar algo a mi biomadre... o sea, para “guiarla” en la medida en que supiera y pudiera; aunque diríamos que quizá eso todavía lo haría con algo de *culpa*, por una culpa que él iría más o menos eliminando, sanando... ya que, como dijimos, esa culpa es siempre algo narcisista y arrogante, y, por tanto, es “de la herida”.

Así pues, no es bueno ayudar, cuidar, pretender “amar”... pero desde las culpas, los miedos, etc., sino más bien sanarse en tanto que realizar continuamente el proceso de arrepentimiento y perdón, simple y humilde, que estamos viendo definido y vivido por “el Jesús real” y su pareja natural.

Entonces, mi biopadre debió de disfrutar de esa música de su “patria chica”, si estaba cerca de mí de vez en cuando, cuando la oía y era inspirado a oírla más e incluso practicarla. Y es que parece que efectivamente a los desencarnados les sucede que “su” cuerpo-espíritu se les “mueve” básicamente gracias al deseo (y a las desventuras o aventuras relativas a sus deseos, más o menos “conscientes”...). Y así, cuando mi biopadre pensara en mí (debido en parte al dolor emocional activado con mi llegada al mundo, y debido a cosas como el rechazo que experimentó mi biopadre por parte de mis abuelos, ya que éstos rechazaron la ayuda de éste, de mi biopadre)... cuando él pensara en mí, decía... allí estaría él como espíritu, escuchando en parte quizá esa música a la que quizá me había inspirado para acceder¹².

En aquel momento de inspiración de mi biomadre, ya habían pasado algunos años desde la “muerte” física de mi biopadre, que tendría un apego más o menos herido hacia la Tierra, aunque quizá había empezado ya a poder actuar con algunos deseos quizá algo más armónicos con el amor y la verdad, tal como Dios entiende esos principios.

Así que quizá mi biopadre tuviera que ver con esta inspiración de mi biomadre, usando para ello las técnicas y/o grupos de espíritus que ya conociera él quizá... para así poder “animar” a mi biomadre... que describía ese evento, en la llamada, diciendo también cosas así:

“en la vida en el fondo he tenido suerte con todo...”.

Fue, pues, una especie de ataque de optimismo, como reacción (o sobre-reacción) quizá más inmediata, y algo herida, ante lo que podría haber sido un “puro sentimiento” activado por algún espíritu... Y dijo:

12 Y también, como ya vimos, resulta que tenemos la *voluntad* herida (es decir, la condición de alma actual, tal como Jesús define voluntad... está bastante herida), y nuestros deseos son por tanto “oscuros” y muy “oscuros” (muy a menudo lo son, y por eso en el mundo espiritual, y de forma digamos que más “especializada”, nos vemos en entornos oscuros y queremos huir de sentir las cosas relativas a eso).

De ahí, como ya vimos, la importancia que tiene la relación entre el mundo espiritual y el físico, una relación que siempre se ha dado y se da, para bien y para mal. Siempre ha sido vital la relación que inevitablemente se da entre espíritus y encarnados; sin examinar la realidad de esa relación es imposible entender la historia, la antropología, la política, el alma y la vida en general.

“eso me llenó de algo”.

Y además, fijaros, ocurrió en confluencia con el entorno, es decir, en una visita al mar, y con un sentimiento de belleza que también reconoció explícitamente, al describir el evento.

Pero para lo que vamos a decir en realidad no importa tanto el detalle de que ahí estuviera o no mi biopadre.

El tema es pues el del experimento con uno mismo, es decir, experimento para aprender sobre el amor, pero a uno mismo.

Y lo digo porque en la conversación le enmarqué esta serie de eventos en tanto que esa especie de *discurrir*, ese discurso que le podríamos “echar a la vida”, pero de una forma cada vez más amorosa y consciente (más “conscientes” de nosotros como almas en relación con la verdad de Dios, en relación potencial con Dios recibiendo su amor incluso... por cierto... en este camino).

¿Discurso sobre qué? Sobre nuestra vida, sobre nosotros.

¿Y qué es la vida en el fondo, en este camino? Un aprendizaje sobre el amor; el amor que, oh, no por casualidad, está acompañado de la verdad, cosa esta que vemos así como demostrada en este “momento de inspiración”, pues el amor, ese amor que inspiraría las leyes naturales que permiten que se den todos los eventos tal como se dan, como “regalos perfectos y buenos” para ofrecernos oportunidades de aprender sobre el amor... ese amor, está acompañado... ¿de qué “verdad sobre la vida” está acompañado?

No solemos ser responsables emocionalmente del *discurrir* de los eventos (ni con lo negativo, ni con lo positivo)... y por eso nos quedamos a medias a la hora de asimilar, o ni empezamos siquiera a asimilar, a absorber la verdad, expresándola... expresando todas esas verdades sobre la vida que acompañan en realidad a los eventos como invitaciones que son al aprendizaje sobre el amor.

Entonces, no somos muy responsables, no lo fue del todo mi biomadre en esa inspiración, al recibirla; no fue del todo responsable emocionalmente con lo que sucedía, tal como yo no lo fui casi nunca en la vida; y tal como casi nadie lo solíamos ser mucho, ya que no hacemos ni algo así como un “diario” para recordarnos y vernos como almas, para volver a sentir sobre algo y ayudarnos quizá a devenir plenamente emocionales... para sentirnos cada vez más como aquello que en el fondo es lo que anima la vida que “tenemos”... para sentirnos como almas capaces de sentir la relación entre los estados de ánimo y los eventos, en ese *discurrir* de los eventos en función de nuestros deseos y del siempre posible proceso de purificación del deseo —a la larga inevitable—.

Y todo para que en ese proceso de autorreflexión quizá aprendamos a cultivar algunas cosas... y quizá en eso, a mi biomadre o a cualquiera, nos surgirán preguntas —o la cuestión, sin duda, de—:

“¿me lo merezco?”, “¿me merezco disfrutar más de esa simplicidad de la mera alegría de estar vivo/a?... con ese amor y ese gusto por el entorno natural”... “¿Me merezco cultivar esto quizá más y más? ¿Me merezco “cultivar” mejor esa alegría?”.

Pues una de esas cosas que se le ocurrieron es, como vimos, la de:

“en el fondo he tenido suerte con todo”...

Es decir, ¿podemos comenzar a, como quizá diríamos hoy, a “vibrar más alto”?

En este camino podemos comenzar más reflexivamente a actuar más en armonía con el amor, para así ir afrontando con humildad los altibajos, “sin miedo”, es decir, sin “miedo al alma”; es decir, sin estabilizarnos en normalidades anodinas, y dejando fluir, y expresando sin dañarnos, tanto los sentimientos más negativos, como los sentimientos “positivos” que haya —muchos o pocos— en los “altos en alegría y en amor”, dentro de los altibajos de esta vida que está “herida” al tener ese alma herida —tal como todos la tenemos—.

Y no queremos porque el alma está en un estado más o menos “zombi”, es decir, anestesiada, e incluso tecnológicamente anestesiada (¿radiaciones, etc.?).

Es decir, vivimos en las anodinas normalidades de “lo bajo control”: ni algo muy muy alegre...

ni tampoco queremos atravesar las emociones que nos bloquean y que están bloqueadas y son muy muy desagradables; y, como queremos normalidades y nuevas normalidades —ese statu quo a veces “revolucionario” pero statu quo igualmente—, entonces en el fondo nos estamos degradando, viviendo en ese estado en el que almacenamos y protegemos miedos muy profundos, en ese estado que, con la fachada, “cerramos” (y nos encerramos ahí, en nuestro yo herido, de por vida, prácticamente).

Eso ¿en vez de qué? En vez de tomar las riendas de lo que sería algo así como un experimento, uno que, por cierto, los niños podrían hacer más en cierta continuidad natural espontánea con lo que ya tienen en un inicio (lo digo porque la palabra “experimento” nos suena muy seria, pero no lo sería en sí).

Es ese experimentar... pero con ese “espíritu de inocencia” y de puro deseo de saber, de conocer, simplemente como almas abiertas a lo que venga como sentimientos, “sin miedo”... con el miedo como amigo que lleva hacia cosas más profundas y enterradas, si acaso; el miedo como amigo, a tomar de la mano, en el camino de crecer en amor.

Y el experimento es sobre todo, de entrada, CON EL AMOR A UNO MISMO... aunque parezca “egoísta”.

Pues si tomamos nota y tomamos las riendas en este sentido; si ejercemos nuestro libre albedrío en armonía con Dios, entonces eso, ese amor, nos llevará a verificar o poder verificar la bondad de las leyes naturales actuando amorosamente en la sinceridad de nuestro deseo, gracias a la efectividad de atrevernos a desafiar miedos... actuando ahí ¿para demostrarnos el qué? ¿Para desplegar el qué?

Verdad sobre la vida, o posible verdad sobre la vida: QUE LA VIDA ESTÁ HECHA PARA SER FELICES¹³.

13 Felices a la manera natural (del amor natural, y de la perfección en ese amor natural que nos cuenta Jesús es el estado básico al que retomaremos en la “redención natural” que no podemos evitar, que se da por descontado se dé aunque normalmente muy en el futuro y en el mundo espiritual, ya sin el cuerpo físico), a la manera natural, decíamos... como “destino seguro”... pero, también, y a ser posible, y si así lo elegimos...: A LA MANERA DE DIOS (eternamente).